

Publicaciones

LA CRIPTA DEL ESPEJO

& Fomento  
Editorial

COLECCIÓN VINDICTAS

*Publicaciones  
& Fomento  
Editorial*

MARCELA DEL RÍO

LA CRIPTA DEL ESPEJO

INTRODUCCIÓN  
LOLA HORNER



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
México 2019

*La cripta del espejo*

Primera edición: Editorial Joaquín Mortiz, 1988

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas

**Nombres:** Río, Marcela del, autor.

**Título:** La cripta del espejo / Marcela del Río Reyes.

**Descripción:** Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2019. | Serie: Vindictas.

**Identificadores:** LIBRUNAM 2051254 | ISBN 978-607-30-2182-1.

**Clasificación:** LCC PQ7298.28.I57.C75 2019 | DDC 861—dc23

Primera edición colección Vindictas: 30 de agosto de 2019  
D.R. © 2019 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán,  
04510, Ciudad de México  
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

ISBN: 978-607-30-2096-1 (colección)

ISBN: 978-607-30-2182-1

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio, sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales. Impreso y hecho en México

## LA PERIFERIA DEL PODER Y SUS AFLUENTES

*La cripta del espejo* me salió al paso cubierta de polvo en una librería de viejo en la ciudad de Xalapa. La historia inicia con el gran hombre, quien se sienta tras su chofer, saca su pluma e intenta escribir su nombre, la primera palabra que aprendió, la que le confiere identidad. Al fin y al cabo, Federico empieza con “Fe”, fe en la vida y en el orden natural de las cosas que implica que unos manden y otros obedezcan, y a él le queda muy claro de qué lado le toca estar. Para mandar a sus anchas y a su gusto, Federico Álvarez Palacios, que se quita el primer apellido porque suena “demasiado común”, que busca subir en el juego político y diplomático para adquirir mayor experiencia y poder porque eso es lo que le han enseñado, utiliza y gobierna un pequeño séquito de subordinados quienes dependen de su prestigio y su economía.

Para cuando el lector conoce a Federico, él ya se ha convertido en un hombre defenestrado. Pierde su cargo como secretario de Estado y lo envían como embajador a una república remota y decadente: Checoslovaquia. Allí se va el gran señor con sus satélites, su esposa Martha y su empleada Cayetana, y más tarde se reúne con ellos su hijo, Gustavo.

Si la obra versara, como otras que se escribieron en las postrimerías del siglo xx, sobre la historia de la caída en desgracia de Federico y su subsecuente ascensión (otra vez) al cielo de las cumbres presidenciales, estaríamos atestiguando una trama conocida. Los hombres de poder no le son ajenos a la ficción literaria de nuestro país, comenzando por Pedro Páramo y siguiendo con Artemio Cruz, aunque por su rango de acción el personaje de Federico recuerda más a los políticos de Luis Spota o, en tiempos recientes, a los burócratas culturales que retrata Enrique Serna.

Sin embargo, esa no es la historia que Marcela del Río Reyes relata. Del gran hombre no escucharemos ni una palabra en primera persona; a lo más que aspira es a un narrador focalizado que de vez en cuando hurga en sus pensamientos para hacer avanzar la trama. A las que sí escuchamos es a esas otras, las voces periféricas que suelen ser relegadas al rol de personajes

secundarios, y que se encuentran en la novela con el escenario completo para expresarse.

El título de *La cripta del espejo* surgió a sugerencia de don Joaquín Mortiz, quien publicó el libro bajo su sello en 1974. Según refiere la autora, originalmente se llamaba *Donde muere el Moldava*. A mi parecer, ese otro título nos aporta la clave narrativa para adentrarnos en la novela. El río Moldava inicia y termina dentro de la República Checa, antes llamada Checoslovaquia. A finales de los setenta, que es cuando transcurren los acontecimientos narrados, la tensa relación con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas marcaba la vida cotidiana de los habitantes de aquel país de forma inapelable, como si obedecieran a un reloj al que daban cuerda en Moscú. Empero, si las etimologías no nos mienten, Moldava significa “agua salvaje” y es en esas aguas, incontrolables e impredecibles, que los acontecimientos de la trama transcurren por varios afluentes.

El primero de ellos es Martha, la esposa de Federico, una mujer de buena familia que ha hecho todo lo posible por transigir con su papel diplomático de mujer en la sombra, que ha criado hijos y ha sacado adelante a una familia “por el bien de todos”, casi siempre sinónimo del bien de su marido. Oscilando entre la asfixia y un cúmulo de pequeñas rebeldías privadas, Martha hilvana sus rencores y saborea sus triunfos hasta que cierto acontecimiento se convierte en el parteaguas de su vida y la obliga a tomar una decisión atroz.

El segundo afluente se compone de las palabras de Cayetana, mujer de la sierra gorda de Querétaro quien trabaja como empleada doméstica para Federico y Martha; subirse a un avión era su sueño imposible y ahora vive en un país donde desconoce el idioma, las costumbres y la manera de aprehender el mundo. Para Caye, el trance iniciático en que se convierten sus experiencias europeas la conducirá a un límite que quizá no pueda traspasar.

La relación entre Caye y Martha, como todo vínculo que implica una subalternidad determinada (y determinante, pues el dominio que tiene Martha sobre Caye una vez que llegan a Checoslovaquia es casi absoluto, tomando en cuenta que la trabajadora doméstica no posee manera de moverse, comunicarse ni escapar de la situación en la que se encuentra) se ve afectada por el uso y abuso de poder de forma permanente. Si Federico echa a andar

las causas, a Martha le toca pagar las consecuencias. Como embajadores, su puesto conlleva una responsabilidad y obligaciones muy específicas, y muchas de ellas recaen en Cayetana, pues el límite que separa a la patrona de la empleada se vuelve poroso, no siempre queda claro y rara vez se entiende dentro de una relación laboral.

Estos afluentes salvajes se completan con el discurso de Gustavo, joven de 19 años que, como todo hombre en crecimiento, si aspira a alcanzar una identidad propia debe dar muerte simbólica al padre y sacudirse su figura de autoridad. La militancia comunista que defiende y su vocación de poeta lo vuelven por completo inadecuado a los ojos de Federico, pero el choque generacional que ambos representan no está compuesto solo por un cambio de modelo familiar, sino por circunstancias históricas específicas. *La cripta del espejo* podría leerse, al menos parcialmente, como una novela del 68, de las consecuencias que el movimiento tuvo en los habitantes de nuestro país y su configuración como un signo que marcaría de manera indeleble el acontecer político y social. A partir de los años sesenta, en México, como en gran parte de la cultura occidental, las relaciones de poder se trastocarán de forma irremediable; nunca más los padres serán sin cuestionarse reyes y señores de sus hogares, al menos no sin que un par de voces clamen en contra del autoritarismo. La revolución cultural (pero sobre todo mental) que sobrevendrá en esos años afecta también al personaje de Gustavo. En un país donde la violencia y las figuras totalitarias siguen siendo pan de todos los días, es interesante leer *La cripta del espejo* y preguntarnos qué tanto han logrado desde entonces los Gustavos que desafiaban a sus padres.

Uno de los puntos de mayor interés dentro de la novela consiste en rastrear los deseos de los personajes, y ver cómo sus pretensiones se revelan absurdas al enfrentarse con un entorno hostil, cómo sus objetivos cambian conforme su situación de vida lo hace. Si Federico no encuentra su fe... ¿qué será de la fe de Martha, de Cayetana o de Gustavo? La fe en la vida, en un mundo más justo, en la felicidad personal o en el futuro de sus hijos... Los deseos y las necesidades se intersectan, se traslapan, se confrontan. Lo que Cayetana espera de la vida es del todo opuesto a lo que Martha aprendió a esperar como derecho inalienable, ya no digamos Federico.

*La cripta del espejo* no es solo la disección de una figura de poder y todos aquellos que lo convierten en quien es, sino también la oportunidad de escuchar una época y ciertas voces que recrean años convulsos y apasionantes. ¿Cuánto debemos las generaciones actuales a los hijos rebeldes de los sesenta? ¿Cuánto nos quedaron ellos a deber? ¿Ha cambiado tanto la situación de las empleadas domésticas en México como para volverse irreconocible? Resulta decepcionante reflexionar ante la idea de que haya eventos impensables y otros que apenas se han modificado en más de cuarenta años. Especialmente en lo que toca a la figura de Cayetana, pareciera que muy pocas cosas son distintas. En México los grandes hombres todavía toman la mayor parte de las decisiones, y no hemos encontrado suficientes formas de diversificar el ejercicio de dicho poder... ¿O será que sí? ¿Es posible que los discursos contrahegemónicos (de los cuales la presente novela es un ejemplo) se entretujan para aportar otras versiones?

El lector de *La cripta del espejo* tiene que aprender a nadar y estar dispuesto a zambullirse en aguas heladas e incómodas. Marcela del Río Reyes nos proporciona un ejemplo de prosa bien escrita que reúne distintas voces para ensamblar el retrato de una época. La novela restituye un relato de la otredad y nos permite acceder a otras narrativas, dar voz a personajes históricamente silenciados. Restitución. Restablecimiento. Vindicar. El agua no puede volver sobre su cauce, ya lo decía Heráclito con aquello de que “nadie se baña dos veces en el mismo río”. Sin embargo, es posible mirarlo con ojos nuevos, entenderlo desde una perspectiva distinta, dialogar con su estampa como con un amigo.

La librería donde encontré la novela lleva por nombre “La rueda de Gandhi”, y quiero pensar que aquello fue un augurio afortunado; quién sabe cuántas más historias pudieran desprenderse de los hilos de la literatura escrita por mujeres, pues son muchos los afluentes que quedan por explorar. Después de todo, los arroyos periféricos suelen ser mucho más interesantes que las bien conocidas corrientes principales.



LA CRIPTA DEL ESPEJO

*Publicaciones*  
 *Fomento*  
*Editorial*

*Publicaciones  
& Fomento  
Editorial*

*Ami madre –in memoriam–*

*Publicaciones  
& Fomento  
Editorial*

*Publicaciones  
& Fomento  
Editorial*

*Nada existe semejante a una libertad irrestricta. Todo está sujeto a medida, y la libertad puede no consistir en otra cosa que en el sentimiento de la propia posesión dentro de un orden establecido. Las reglas del ajedrez no oprimen al jugador, le trazan una zona de libertad en donde su ingenio se puede desenvolver hasta lo infinito.*

JOSÉ GOROSTIZA

*El hombre es libre como el pájaro en la jaula, sus acciones están circunscritas dentro de ciertos límites.*

JOHANN CASPAR LAVATER

Publicaciones  
& Fomento  
Editorial

# Publicaciones & Fomento Editorial

## NOTA

Aunque novela de ficción, ella es resultado de cinco años vividos en Checoslovaquia, como agregada cultural de la embajada de México (1972-1977).

Agradezco a Cayetana, el haberme permitido narrar su historia, y a todas las personas que de una u otra forma contribuyeron a la realización de esta obra.

Salvo los hechos históricos que son del dominio público, y que en algún momento se vinculan con la ficción y la enriquecen con documentos verdaderos, cualquier semejanza con personas reales es mera coincidencia.

LA PARTIDA

*Publicaciones  
& Fomento  
Editorial*

*Publicaciones  
& Fomento  
Editorial*



## PRIMER AFLUENTE

Detrás de él se cierra la puerta presidencial.

Aprieta el portafolios. A través del cuero de borrego tierno, las cartas credenciales le quemán las manos.

Al pasar frente al ventanal, ve pájaros volando hacia la libertad. ¿Por qué no puede él volar así? Imposible quejarse. ¿Y ante quién podría permitirselo? Ni siquiera ante sí mismo. Cuántas veces le habría gustado soltar un ¡carajo!, pero se resiste a acudir a la explosión en cualquiera de sus formas y las palabrotas le parecen la puerta de escape más al alcance de los débiles. Federico, si no “el grande”, “el no tan pequeño”, no considera la debilidad como uno de sus atributos. El presidente fue amable, hasta cariñoso con él. En ningún momento lo hizo sentirse incómodo por la situación. Sin embargo, se sabe el chivo expiatorio. Piensa “carajo” pero no sale ni un gruñido de su garganta. No condena al presidente, supone que no tuvo otra alternativa. Vuelve a recrudecerse la sensación de navegar hacia el destierro. La misma que tuvo cuando él le notificó que sería nombrado embajador. Por la ventana atisba la plaza. Plaza hormiguero. Plaza que cambia de ropaje sexualmente, como amante disimulada de monarcas sucesivos. La plaza de la enajenación, de las manifestaciones multitudinarias en pro o en contra, manipuladas o no, pero siempre arropadas en pancartas alienantes. ¿Cuándo volverá a verla desde ese balcón? No es la primera vez que sale del país en misión diplomática, pero nunca como ahora tiene la certidumbre de ir al exilio.

Tras la puerta queda el mundo de las reuniones de gabinete, las juntas de resonancia nacional, los acuerdos con el señor presidente, que ha sido su mundo hasta hace un mes. Apenas escucha la voz del secretario particular deseándole buen viaje, feliz estancia tras la cortina y recomendándole las vajillas de porcelana de Bohemia que hacen en Karlovy Vary.

Después de subir al automóvil, echa una última ojeada al patio de palacio. Los guaruras en apretado círculo bisbisean. ¿De qué hablarán cuando están

solos? ¿De su mujer? ¿De sus hijos? ¿De sus amantes? Amantes... ¿Qué tiempo tienen los infelices, si todo el día...? Recarga la cabeza en el respaldo. La luz recortada en la puerta que les da salida al Zócalo, lo deslumbra. Cierra los ojos. Su vida se ha desarrollado por etapas, las ve, cada una enmarcada en un paréntesis. Las ha habido de todos quilates: de ilusión, de terror, de fracaso, de disgusto, de amor, de decepción, de insatisfacción, de concesión, de escrúpulos, de claustrofobia, de rebeldía, pero los periodos angustiosos han sido los que quedan comprendidos entre el cierre de un paréntesis y la apertura del siguiente. Cuando se abre uno nuevo ya puede colegirse la materia que lo formará, no así ese lapso incierto entre el cierre y la apertura, al que llama el vacío de la duda, la cárcel de la nada. El día que tuvo que entregar su renuncia al presidente, por razones que ningún parentesco tuvieron con las verdaderas, se cerró la breve etapa iniciada con su designación como secretario de Estado. Veinticinco días duró sumergido en el pozo de la incertidumbre. ¿Qué ofrecer a su mujer y a sus hijos? Un banquete de nada sazonado con amargura. Un techo de fracaso sostenido por columnas de rencor. ¿Cómo explicarle a su hijo que fue el mártir de una política internacional que no emanaba de él, sino de un determinismo histórico que lo colocó en este país, justo en ese puesto y en ese preciso momento de la historia? Todos estos días ha visto en sus ojos la interrogación y la duda sobre la valía de su padre. ¿Llegará a entender alguna vez? Es demasiado joven. El único pecado de la juventud es la inexperiencia. ¿Con qué palabras hablarle para que no tome su discurso como autojustificaciones de un error contra el que siempre lo ha aleccionado? Se siente extraño de sí mismo. ¿Lo sentirá también su familia como un extraño? Hay un muro entre él y el mundo. La incompreensión es la cárcel sin rejas que lo aprisiona. ¿De cuántos amigos no ha vuelto a saber nada desde hace un mes, desde que apareció publicada su renuncia en la prensa nacional, amiga, enemiga y neutral? Unos han hecho una retirada discreta, otros con ostentoso mutis han querido dejar constancia de que no existían lazos políticos que lo asociaran con el secretario quemado.

—¿A dónde, señor?

La voz del chofer casi lo despierta. ¿Me habré dormido?

—A casa —responde secamente.

Hoy se abre un nuevo paréntesis, que da fin a la incertidumbre creada por su renuncia y a la enajenación del poder perdido, que es tal vez peor que la del poder adquirido. Finalmente se ha llenado el vacío entre los dos paréntesis invertidos, rompiendo las rejas de la cárcel de la nada. Federico se deja llevar como niño en carriola, se sabe cruzando el Zócalo, adivina fuera del auto las torres asoleadas de la catedral, el ancho cuadrángulo de la plaza, que ahora lo contiene a él en su hormiguero. Hace calor. Pronto extrañará este calor de noviembre.

—Ponga el aire acondicionado.

—Sí, señor.

Una corriente fresca remueve el aire del interior del LTD, negro por dentro y por fuera como carroza fúnebre, que la gente de la calle ve alejarse rumbo al Viaducto Tlalpan. Ciertamente no dejará que se convierta en carroza, es la última puerta de escape, que jamás piensa usar. La muerte no se hizo para él, es un traje que no fue hecho a su medida. Puede imaginar su nombre como sujeto de todos los verbos: Federico ama, Federico teme, Federico sueña, Federico reza, Federico mata, Federico viola, nunca: Federico muere.

Escriba su nombre.

Escriba su nombre.

Escriba su nombre.

Voces distintas, rostros distintos. Él, como niño que aprendiera a deletrear trata, más que de escribir, de garabatear unas letras, sin resultado.

Si no escribe su nombre no podrá cobrar.

Si no lo escribe, no podrá quedar inscrito.

No podrá perdonar.

No podrá acusar.

Si no escribe su nombre, no podrá ni siquiera morir.

Hace esfuerzos. Se golpea la frente para recordar cómo escribir las letras de su nombre. Aprieta la pluma-instrumento-de-tortura y no logra pasar de las dos primeras letras. Apenas garrapatea *Fe...* cuando el brazo se niega a seguir, y la mano, y los dedos, y el cerebro, sin lograr escribir su nombre.

Si no lo escribes no podrás nacer.

Nacer. Eso es lo que quisiera, volver a nacer, que se abriera un paréntesis, pero no otro más, sino el primero, y volver a empezar, iniciarme en el rito, sin experiencia, pero con el conocimiento que da la memoria. Habría que saber siempre qué es aquello con lo que va uno a comprometerse. No es justo iniciar la vida sin que alguien le prevenga lo que es. No es admisible ser iniciado sin advertencia. ¿Cómo lanzarse al ruedo a lidiar un toro con los ojos vendados? ¿Cómo enrolarse en una carrera de autos, sin conocer los obstáculos, las curvas, el lodo del camino? Alguien debió de haberme informado previamente de los tropiezos, los muros, los pantanos que iba a enfrentar. Hasta para saber a ciencia cierta la aventura que corremos al cruzar una calle, hay que conocer antes la peligrosidad de los vehículos que la recorren. Correr, correr, correr a ciegas y no poder escribir el propio nombre. ¿Qué significará soñar con esta incapacidad de escribir mi nombre? No olvidar. Es importante no olvidar el sueño. Repetir la imagen como si se hallara presa en medio de dos espejos contrapuestos. Repetirla una y otra vez para fijarla en la memoria. ¿Habré perdido mi identidad? Fe... No puedo escribir. No puedo.

—¿Le bajo su portafolios, señor?

Federico abre los ojos.

—No, gracias, lo bajaré yo mismo.

La educación siempre por delante, como la nariz. No tenía por qué decir *gracias* y sin embargo lo dice. Es obligación del chofer... No recuerda a qué hora se quedó dormido. Debió de suceder desde el centro. Es tan largo el trayecto. Cada día se hace más difícil trasladarse de un lado a otro de la ciudad. El aire viciado del automóvil, sí, eso ha de haber sido. ¿Por qué los niños se duermen siempre que viajan en automóvil? Se lo ha preguntado tantas veces. Carroza fúnebre y útero materno se parecen en el color, en el balanceo, se parecen hasta en...

—¿Está el auto de la señora?

—Sí, señor, ahora mismo le avisaré de su llegada.

—No hace falta, gracias —responde al ver a su mujer aparecer en lo alto de la escalinata.

Baja del coche. Toma el portafolios, lo contempla largamente, es ahí donde se encierra su futuro, su pasado, portafolios-bola-de-cristal-álbum -de-